

## Sobre el “extraño” considerado como crítico



José Luis González

La idea no es nueva; la expresó por vez primera, si la memoria o la ignorancia no me engaña, el cubano José Martí a fines del siglo pasado: “México es la segunda patria de todos los hispanoamericanos.” Martí, desde luego, escribió esas palabras movido por la gratitud (México supo darle, a él como a tantos otros hijos de nuestra América, mucho de lo que su primera patria aherrojada le negaba); pero no bastaría el noble sentimiento para explicar cabalmente afirmación tan comprometida y comprometedor. En otra página memorable (¿cuál de Martí no lo es?), al postular la prioridad que debían acordar los americanos a su propio patrimonio cultural, antepuso el gran antillano el conocimiento de la civilización de los mayas al de la sabiduría remota de “los arcontes de Grecia”. Nunca fue “europeista” Martí en el sentido despectivo que en su tiempo y aun después se le dio al término, pero lejos anduvo siempre del “americanismo” superficial y fácil que tanto ha servido para posponer autocriticas cada vez más necesarias. El mexicanismo de Martí fue parte de un americanismo de buena ley, afirmador de valores y señalador de deficiencias, vale decir exaltador y crítico a un tiempo.

Lo que en México descubrió el lúcido cubano, entendiendo desde luego que era descubrimiento magno no sólo para él sino para todo un Continente, fue lo que a partir de entonces se ha reconocido como verdad digna de reiteración constante: en México tiene nuestra América el espejo más fiel de su originalidad mestiza, el ejemplo más vale-

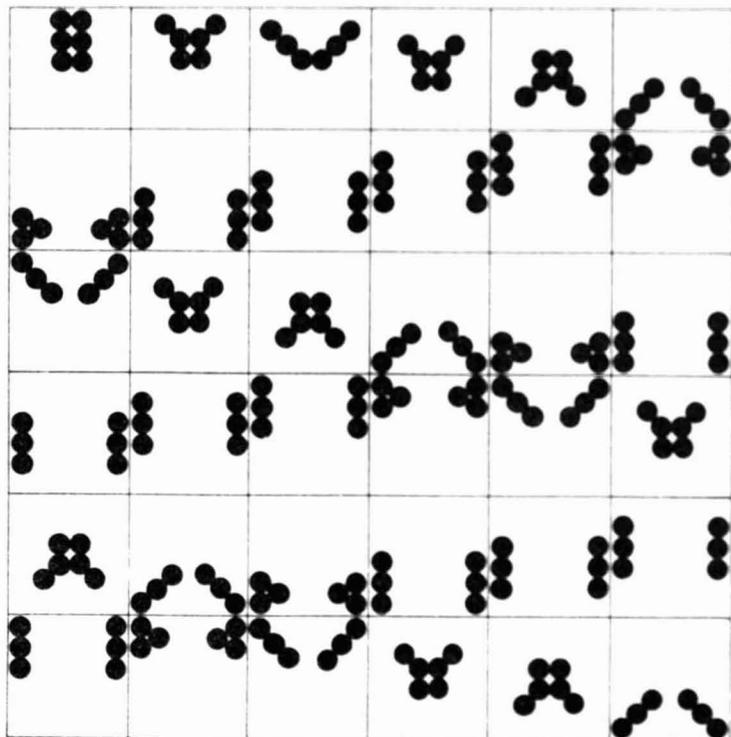
La crítica es siempre una forma de autocritica

Xavier Villaurrutia  
“Textos y pretextos”, 1940

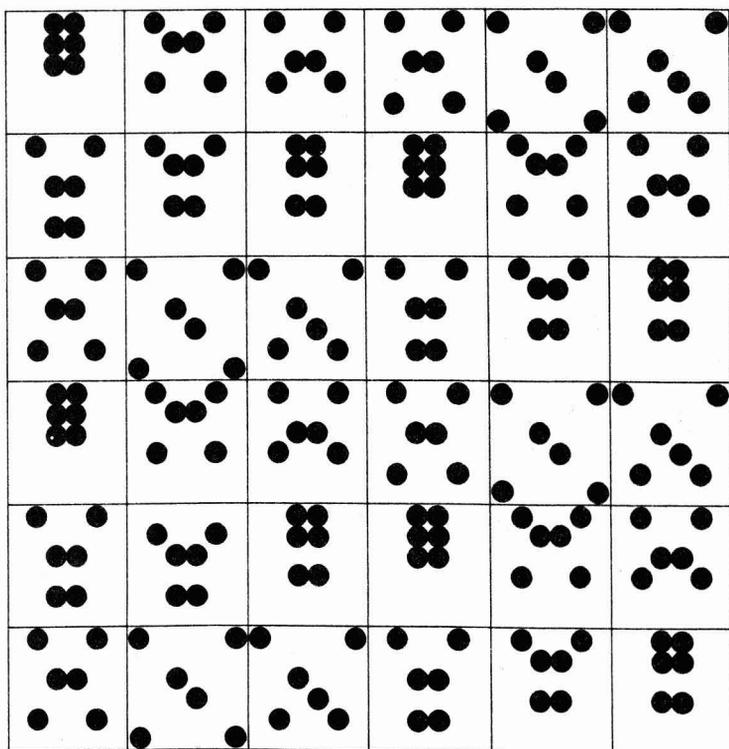
dero de búsqueda y afirmación de una identidad fundada en el reconocimiento de sus múltiples y conflictivas raíces históricas. Poco o ningún sentido tendría insistir, a estas alturas, en la explicación de realidad tan generalmente conocida y aceptada. Más interesante y sobre todo más provechoso resultaría, en cambio, empezar a examinar la historia, nada sencilla por cierto, de esa relación de atracción/rechazo que suele darse entre México y los muchos latinoamericanos que aquí han vivido el tiempo suficiente para no poder eludir, sin lastimar su buena conciencia, uno u otro tipo de compromiso con la realidad del país.

El tema general a que está dedicado el presente número de esta revista —la crítica de la cultura en México— se presta como pocos al intento de explorar, aunque sea tentativamente, las complejidades de un fenómeno que por su naturaleza misma induce paradójicamente a las simplificaciones propias de toda visión maniquea. Cierto es que en esta trampa han caído, con mucho mayor frecuencia que los latinoamericanos, los extranjeros formados en otras tradiciones culturales. Basta recordar al respecto las visiones generalmente unilaterales de tantos escritores foráneos que han literaturizado la “realidad” mexicana con mayor o menor talento artístico, desde Lawrence, Greene y Lowry hasta Artaud, Maiakovski y Breton, pasando por innumerables norteamericanos. (De todos ellos, valórese como se valore su concepción del arte literario, el que menos concesiones hizo a una visión subjetiva y fantasiosa del país fue, me parece, ese personaje todavía misterioso que firmó sus libros con el seudónimo de B. Traven. A ello tal vez contribuyeron dos razones principales: Traven no fue un visitante ni un viajero, sino que en México vivió la mayor parte de su vida; y lo que siempre atrajo su atención de escritor, en virtud probablemente de su formación ideológica en el movimiento socialista europeo y norteamericano, fue el aspecto de la vida nacional que menos se aviene a las lucubraciones desatadas de la imaginación exotista: las duras condiciones de existencia de los mexicanos pobres, los campesinos sometidos a la explotación de un régimen semifeudal y los obreros victimados por un capitalismo primitivo y voraz.)

El latinoamericano que llega a México proviene necesariamente de sociedades que comparten con la mexicana los mismos o muy parecidos rasgos de la dependencia y el subdesarrollo que a todos nos



agobian y a algunos nos soliviantan. Pero el trasfondo de una experiencia histórica común no determina una reacción unánime frente a la viduidura de un país mitificado desde dentro y desde fuera hasta el exceso, pero, mitificación aparte, complejo y contradictorio por razones que sólo se le revelan a una decidida voluntad de comprensión y análisis. De cualquier país puede decirse que vivir en él no es lo mismo que vivirlo, pero la afirmación adquiere, en el caso de México, un sentido especialmente agónico derivado del hecho de que en este país *no es posible* vivir sin vivirlo. Desde hace mucho estoy convencido de que precisamente en ese hecho reside, por incongruente que ello pueda parecer, la única explicación verdadera del famoso "hermetismo" mexicano. Trato de explicarme: si la historia de México, desgarrada desde sus orígenes mismos entre la frustración impuesta y el logro nunca fácil y en más de una ocasión precario, ha obligado a los mexicanos a vivir su propia realidad como un reto permanente, negándose las treguas y las complacencias que han hecho posible el ingrediente de despreocupación amable que dulcifica el carácter de otras naciones, ¿cómo y por qué esperar que el mexicano conceda al extraño la cómoda relación con su país que él mismo no se permite? (Todo puede decirse de distintas maneras. Carlos Fuentes, en su novela más reciente, habla de "un país fascinado por su ombligo, quizás porque su nombre mismo significa ombligo de la luna". Cada escritor, por supuesto, tiene derecho a su propia retórica.)



¡La crítica, esta aguafiestas, recibida siempre, como el cobrador de alquileres, recelosamente y con las puertas a medio abrir! La pobre musa, cuando tropieza con esta hermana bastarda, tuerce los dedos, toca madera, corre en cuanto puede a desinfectarse. ¿De dónde salió esta criatura paradójica, a contrapelo en el ingenuo deleite de la vida? ¿este impuesto usurario que las artes pagan por el capital que disfrutan?

Alfonso Reyes  
"Aristarco o la anatomía de la crítica" 1941

Es evidente, o debería serlo, que en un país así no hay ni tiempo para aburrirse ni ocasión para desinteresarse. El "extraño", en realidad, viene a ser tal sólo para el mexicano que, por ser parte principalísima de la fascinación que México ejerce en quienes no han nacido en él, no siempre es capaz de medirla exactamente; y confunde muchas veces el interés crítico del "extraño" con el entrometimiento intolerable. Las consecuencias de la confusión llegan a ser tan lamentables en algunos casos, que con el tiempo se opta por tender sobre ellas el velo de un vergonzante olvido: ¿quién desea recordar hoy las circunstancias en que se vio obligado a abandonar el país un maestro de mexicanidad como Pedro Henríquez Ureña? En otras ocasiones, lo que pudo haber sido injusticia imperdonable no pasó de pintoresca extravagancia cuya evocación sólo puede mover al humorismo indulgente: así, la exigencia de Diego Rivera de que se le aplicara el Artículo 33 constitucional a un Luis Cardoza y Aragón que con justa y precursora razón no aceptaba una "ruta única" en la pintura mexicana.

El "extraño" convertido en hermano desde el momento en que comprendió que el irresistible *pathos* mexicano lo ganó para siempre, no deja sin embargo de verse asediado a cada paso por la tentación inhibitoria de su ejercicio crítico. La corte-sía, entonces, suele tornarse cómplice de la deserción moral: "No hay que criticar para no ofender." Mala manera es esa, por deformada y deformante, de entender la crítica a una realidad que se ha asumido como propia.

Y mala manera, sobre todo, de servirle a un país con cuyo destino se ha contraído un compromiso irrevocable. La "segunda patria" de Martí era segunda en el orden del conocimiento, no de la responsabilidad. Es lo que debe entender, para salvar su propia integridad y la validez de su obra, el latinoamericano cuyas raíces han llegado a afincarse y crecer en el suelo de este México "florido y espinado" del que ya ni siquiera la muerte, inseparable aquí de la vida, logrará arrancarlo.